

PETER FRÖHLICHER y GEORGES GÜNTERT (eds.). *Teoría e interpretación del cuento*. 2a. ed. revisada. Berna: Peter Lang, 1997 (1a. ed. 1996).

De la “teoría” del cuento y sus alrededores se ocupa este libro. Peter Fröhlicher y Georges Güntert subrayan el avance que significó para el género el desarrollo de la teoría narrativa en los años sesenta y setenta, basada en dos modelos dominantes: el que intenta la búsqueda de una gramática del relato (Lévi-Strauss, Greimas, Bremond, Todorov) y el que estudia el plano del discurso (Booth, Genette, Stanzel). Sin embargo, los editores parten de una zona vacía donde en apariencia no existe “un esfuerzo teórico por conciliar los diferentes enfoques” (9). Los estudios reunidos en este volumen tienen un doble objetivo: intentar subsanar la mencionada ausencia e inscribirse en el pujante campo de la teoría del cuento en los estudios literarios hispánicos. El resultado es prometedor aunque dispar.

La colección está dividida en cuatro partes: “Estudios teóricos”, “El cuento español en el siglo de oro”, “El cuento español: siglos XIX y XX” y “El cuento hispanoamericano”. Dicha estructura confirma una recurrente tendencia en algunos de los libros recientes que ensayan una delimitación para este campo: presentar una sección sobre “teoría” (es decir, una sección general sobre cuestiones que atañen al cuento como género literario) y otra sobre análisis de cuentos en particular. Véanse como ejemplos actuales los trabajos de Catharina V. de Vallejo (*Elementos para una semiótica del cuento hispanoamericano del siglo XX*. Miami: Universal, 1992) y de Gabriela Mora en su versión revisada (*En torno al cuento: de la teoría general y de su práctica en Hispanoamérica*. Buenos Aires: Vergara, 1993). De esta manera se intenta dar un marco conceptual —explorar las coordenadas para la conformación del género— a los análisis que trabajan con un texto o un autor específicos.

En el caso de *Teoría e interpretación del cuento*, la más valiosa de las secciones —con propuestas sugerentes que representan un aporte renovador para la teoría del cuento— es la primera y, más específicamente, los tres artículos iniciales. Luis Beltrán Almería cree que la teoría del cuento ha sido colonizada por la teoría “retórica” (formalista, estilística, estructuralista) de la novela y elige una ruta alternativa: privilegiar otros elementos enunciativos para la conformación del cuento como género literario, en especial su raíz *oral*. Para Beltrán Almería es posible construir una teoría del cuento a partir de Mijaíl Bajtín y Walter Benjamin. La lectura que se propone es en verdad refrescante, en especial el tratamiento del cuento como género opuesto por origen e historia a la novela, monstruo que

en el siglo XX invade (noveliza) a su supuesto antagonista. A pesar de que la inserción de Luciano de Samosata en este modelo teórico no queda del todo justificada (¿Luciano el “más grande cuentista de todos los tiempos”? (21)), el trabajo de Beltrán Almería invita a reformular las aproximaciones más clásicas al género. En tanto, Peter Fröhlicher se inscribe precisamente en el modelo que Beltrán Almería rechaza, aunque tiene sus reparos sobre las aproximaciones narratológicas, deconstructivistas y posmodernas que se basan en la deificación del fragmento. Para Fröhlicher, es menester construir un marco conceptual que enlace enunciado y enunciación y que atienda al aspecto global del texto literario. Aunque aquí no se desarrolla completamente el modelo narrativo que articule esa integración, destaca el valor que Fröhlicher otorga a la unidad del texto que, sostiene el crítico, últimamente conlleva una reflexión sobre los valores. A partir de una concepción similar —el texto como un “conjunto organizado de elementos en relación” (19)—, el trabajo de Julio Peñate Rivero responde a otras inquietudes. El objetivo es aquí establecer una correspondencia entre algunos de los métodos de la ciencia y los estudios literarios. Para ello, Peñate Rivero se apoyará en la teoría de los sistemas. Como en el campo científico, para el cuento quizá sea la hora de cambiar de paradigma, integrando las formas analíticas y las holísticas, pero dándole preponderancia a estas últimas. Sin embargo, al concebir al cuento literario como sistema, Peñate Rivero se apoya en instancias críticas y estructurales conocidas, como el “Decálogo del perfecto cuentista” de Quiroga o la función del lector en el hecho estético. El artículo logra amalgamar algunas de las aproximaciones clásicas al cuento con un enfoque novel. La sección se completa con un trabajo sobre narratología estilística, un estudio sobre el microrrelato (objeto de creciente atención crítica en los estudios sobre el cuento) y un panorama bibliográfico del análisis semiótico del cuento en España.

Los aportes interpretativos que aquí se ofrecen son en su mayoría valiosos, aunque en ocasiones no muy pertinentes. Llama la atención que, dado el énfasis colocado en la producción histórico-literaria del cuento español (catorce artículos), no haya una sección para el cuento durante la Edad Media. Los cuentos de *El Conde Lucanor* son parte fundamental de la historia del género en las letras hispánicas y, no obstante, están ausentes. En la sección sobre el cuento en el Siglo de Oro el trabajo de Pedro Ruiz Pérez es el que más se ciñe a los propósitos del volumen: presenta un atento recorrido por el relato breve en los siglos XVI y XVII y se enlaza con las reflexiones sobre la función de la oralidad en el género propuestas en otros trabajos (véase *supra*). El estudio de Georges Güntert sobre las *Novelas Ejemplares* aduce que todo texto que tenga un elemento informativo-narrativo es un cuento. Me parece más fundada (y menos discutible) su lectura de la crítica en torno a las *Novelas* y su afirmación acerca de la evolución histórica del cuento: “la historia del género no podría escribirse sin tener en debida cuenta la aportación de Cervantes” (132). En cambio, en los otros dos trabajos de este apartado no hay consideración alguna sobre el género. Me pregunto entonces cuál es el lugar (entendido como pertenencia) del *Persiles* de Cervantes y de don Alvaro Tarfe en este libro. Tal vez el enfoque narratológico alcance a justificar su inclusión, pero esto supondría otros parámetros teóricos.

Para el estudio del cuento en los siglos XIX y XX en España, los enfoques se multiplican: atención a una variante del género (la fantástica), cotejo de teoría y práctica narrativa en un escritor, construcción de una poética para el cuento desde un ángulo poco frecuentado (los prólogos de las colecciones de relatos), exploración de la relación entre el

cuento y los otros géneros literarios y abordaje del análisis textual desde el psicoanálisis, la narratología y el mero comentario de texto. La oferta es variada: algunos estudios se ciñen a un autor (Fernán Caballero, Benito Pérez Galdós, Clarín, Ana María Moix, Carmen Martín Gaité, Medardo Fraile, Juan Larrea, Alvaro Cunqueiro) o a un texto y no se preocupan por la cuestión del género; otros tienen una perspectiva más abierta que les permite indagar precisamente en ese tópico. Cada artículo en esta sección busca su lector crítico.

El libro se cierra con cinco estudios sobre el cuento hispanoamericano. Aquí es donde el volumen pierde cohesión puesto que, a diferencia de lo hecho con el cuento español, no se divide a su par hispanoamericano por etapas histórico-literarias. Y, aunque el objetivo no fue seguramente armar un conjunto representativo de la riqueza cuentística en Hispanoamérica, las ausencias son notorias. No hay nuevas aproximaciones a los grandes maestros del género (Quiroga, Borges, Cortázar, Arreola, Rulfo) ni tampoco un intento de estudiar las siguientes promociones de escritores que lo frecuentan (hay un gran oficio cuentístico poco estudiado en narradoras como Ana Lydia Vega, Luisa Valenzuela y Ana María Shua, por ejemplo). Dos trabajos se ocupan de “El matadero”, de Esteban Echeverría. El estudio de Pier Luigi Crovetto adopta un enfoque semiótico mientras que el de Jaime Alazraki se ocupa del género del texto, aspecto en el que la crítica ha centrado parte del debate. En tanto, los tres artículos restantes analizan cuentos del siglo XX. El de Catharina V. de Vallejo se apoya en su propio modelo teórico enunciado en *Elementos para una semiótica del cuento hispanoamericano del siglo XX*. Basada en el análisis de la cultura de Lotman, Vallejo propone un dominio del eje paradigmático en el caso del cuento. Éste es un buen ejemplo de una teoría del cuento que intenta combinar el análisis inmanente con el contexto social. Es bueno contar con un trabajo sobre Julio Ramón Ribeyro y Giovanna Minardi que tiene propuestas sugerentes en torno a la función de la locura y su relación con el lenguaje en los textos del escritor peruano; sin embargo, la introducción quizá resulte innecesaria —¿es menester hablar siempre de posmodernidad?— y tiene ecos críticos demasiado reconocibles. Por último, José María Pozuelo Yvancos hace un examen acucioso de la influencia del cuento tradicional en la narrativa de García Márquez, vertiente del cuento que se transforma en matriz estilística para el escritor colombiano.

Si se juzga *Teoría e interpretación del cuento* a la luz del doble objetivo descrito en el inicio de este comentario, el libro cumple con ambos parcialmente. Por un lado, hay una búsqueda (incompleta aún, ya que muchos de los artículos siguen privilegiando el enfoque narratológico) tanto de integración de los modelos del análisis narrativo como de caminos que marquen otras posibles alternativas. Como resultado vemos que el microrrelato se ha convertido en foco de atención crítica, que el estudio de la poética de los escritores enriquece el análisis textual y que varios trabajos se inclinan o bien a contemplar al género desde múltiples perspectivas integradas en un todo todavía por definir, o bien a rescatar elementos —la oralidad, por ejemplo— para proponer nuevas construcciones teóricas en cuanto al género. Por el otro, el libro se agrega a la lista de estudios sobre la teoría del cuento, reafirmando y a la vez ampliando este campo. Claro que habría que ver qué trabajos hacen un aporte a la “teoría” del género. Y uso una vez más esta palabra entre comillas porque me parece necesario comenzar a definir qué se entiende por teoría del cuento. Como lo demuestra este libro, hay elementos de sobra para intentarlo.